

Arístides Royo. EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE PANAMÁ

# “Estudiar en una Universidad de prestigio produce cierto contagio de responsabilidad”

El político subraya que la popularidad de los estudios en Salamanca “obedece a su antigüedad, a los cursos que se imparten para extranjeros, a la apacibilidad de su vivienda y a la merecida fama de sus profesores”

BERTA BAZ / MADRID

**M**ÁXIMO mandatario de la República de Panamá entre los años 1978 y 1982, escogió la Universidad de Salamanca para formarse en Derecho y como residencia el Colegio Mayor Fray Luis de León. Arístides Royo (La Chorrera, provincia de Panamá, 1940) ha ocupado otros cargos destacados en su país como secretario general de la Procuraduría General de la Nación, ministro de Educación y embajador. Hombre bien formado, defensor de la enseñanza como pilar de un país, ha ejercido la docencia en la Universidad de Panamá

—¿Qué tiene de especial Salamanca para matricularse en su Facultad de Derecho?

—Elegí Salamanca porque es una ciudad relativamente pequeña, donde todo se puede hacer a pie y el elenco de profesores era excelente. Haber contado con catedráticos como Antón Oneca en Penal, Ruiz-Giménez en

Derecho Natural, Tierno-Galván en Derecho Político, Beltrán de Heredia en Civil, Menéndez en Mercantil, García-Trevijano en Administrativo y De la Concha en Historia del De-

recho, fue todo un privilegio.

—La institución conmemora su octavo centenario. ¿Satisfecho de haber estudiado en una Universidad con tanta historia?

—En cierto modo hace a uno participe de los acontecimientos fundamentales que en esta institución se produjeron, como fue el encuentro de los sabios dominicos con Cristóbal Colón y la fundación del derecho internacional por Francisco de Vitoria. Estudiar en una Universidad donde fue rector Miguel de Unamuno, y

donde enseñaron grandes catedráticos, produce cierto contagio de responsabilidad.

—¿Qué ambiente había en las clases?

—Era agradable, pero se respiraba mucha seriedad mientras explicaban los profesores. Se podía escuchar el zumbido de una mosca. Antes y después de las clases había mucho humor y bromas entre los estudiantes. Mi facultad disponía de un bar muy entretenido en el que conversábamos en las horas libres.

—Alguna anécdota...

—Aunque el ambiente era distendido, requería de vestimenta formal ya que debíamos acudir a las aulas con chaqueta y corbata. No recuerdo haber visto ni un solo estudiante con bluyines.

Ahora que muchas de nuestras costumbres juveniles han cambiado, se comprende que cada época tiene sus peculiaridades y que el mundo evoluciona.

—¿Cuál cree que son los puntos fuertes de la institución?

—Un cuerpo docente bastante sólido, y la estrecha relación entre alumnos y profes-

sores. Nos conocían a todos incluso por nuestros nombres y apellidos. Había una estrecha relación que nos permitía poder conversar con ellos con familiaridad sobre aspectos de sus

clases.

—La asignatura-hueso, la más dura, y por qué.

—Derecho del Trabajo, porque el catedrático Cándido Rodríguez Verástegui acostumbraba dar determinado número de minutos para responder a cada pregunta de los exámenes, y ese sistema no me resultó fácil. Prefería las dos horas que solían facilitar todos los demás catedráticos.

—Su mejor recuerdo....

—El día en que al final de la carrera me comunicaron que había ganado una beca para estudios de postgrado en Italia.

—¿En su época se realizaban novatadas?

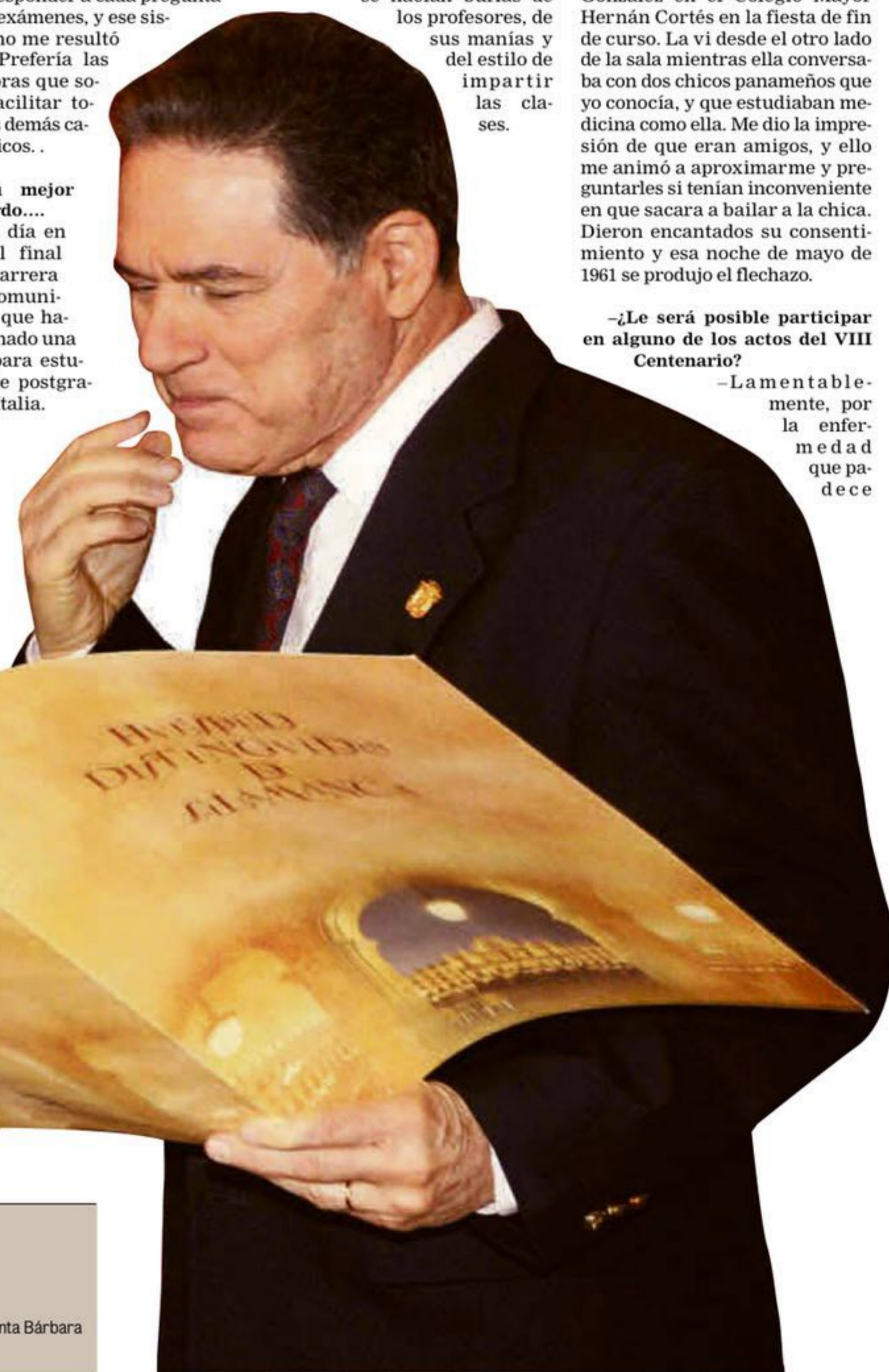
—En el mes de enero, con motivo de las fiestas de San Raymundo de Peñafort, se realizaban algunas novatadas de las que nunca participé. Recuerdo que estaban permitidos sainetes en los que se hacían burlas de los profesores, de sus manías y del estilo de impartir las clases.

—¿Qué aprendió, aparte de la carrera?

—Como decía Unamuno, aprendí a amar pues en Salamanca me enamoré de una estudiante asturiana con la que he cumplido más de cincuenta años de feliz matrimonio. Conocí a Adela Ruiz González en el Colegio Mayor Hernán Cortés en la fiesta de fin de curso. La vi desde el otro lado de la sala mientras ella conversaba con dos chicos panameños que yo conocía, y que estudiaban medicina como ella. Me dio la impresión de que eran amigos, y ello me animó a aproximarme y preguntarles si tenían inconveniente en que sacara a bailar a la chica. Dieron encantados su consentimiento y esa noche de mayo de 1961 se produjo el flechazo.

—¿Le será posible participar en alguno de los actos del VIII Centenario?

—Lamentablemente, por la enfermedad que padece



## Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1964

Un profesor: Aurelio Menéndez

Una comida: El cordero de Peñaranda de Bracamonte.

Un rincón de Salamanca: La trasera de la catedral vieja, junto al edificio donde está la capilla de Santa Bárbara

Una canción de aquellos tiempos: Triste y sola, sola se queda Fonseca.



Aristides, primero por la derecha, junto a dos compañeros, ante la fachada más famosa de la Universidad. A la derecha, otra foro de sus tiempos de estudiante.

mi esposa, me será imposible participar en la conmemoración de los 800 años de la Universidad a pesar de ser miembro del Consejo Asesor para la celebración de esta importante efeméride. De no haber sido por esta circunstancia, habría viajado a España para asistir a algunos de los actos.

–Salamanca tiene peso dentro y también fuera del país. ¿Dónde considera que radica la popularidad de la Universidad en el extranjero?

–Obedece a su antigüedad, a los cursos que desde hace años se imparten para extranjeros, a la

apacibilidad de su vivienda y a la merecida fama de sus profesores. Muchos panameños acuden a Salamanca para recibir enseñanzas de postgrado y otros van a conocer una de las ciudades universitarias más bellas del mundo.

–Usted siempre ha promocionado la Universidad charra en su país.

–Por supuesto que la promociono en Panamá. Además, como miembro de la Academia

Panameña de la Lengua promoví y firmé el convenio con la Fundación General Universitaria para que profesores de la Facultad de

Filosofía y Letras impartiesen un curso para profundizar en la enseñanza de la lengua española. Esta iniciativa tuvo un gran éxito, y esperamos repetirla cada año. Se han firmado varios convenios entre instituciones panameñas y la Universidad, y la participación de panameños en los seminarios jurídicos que organiza Salamanca aumenta anualmente.

–Salamanca era en su día fundamentalmente Humanidades. ¿Debe seguir apostando por esa rama del saber para garantizarse un futuro?

–Salamanca sigue siendo una de las mejores universidades españolas en el campo de las Humanidades. Debe continuar en esta senda, pero ojalá se abran nuevas y mejores alamedas para las ciencias y las artes. En la enseñanza

del español sigue siendo una de las mejores, especialmente en lo relativo a nuevas técnicas para que el aprendizaje de la gramática resulte más entretenido.

–¿Mantiene contacto con antiguos compañeros?

–Aunque sí mantengo contacto con algunos compañeros de curso, la mayoría de las relaciones son con los antiguos colegiales del Colegio Mayor Fray Luis de León, donde residí durante cuatro cursos. Allí aprendí mucho. Acudían con frecuencia importantes personalida-

des a dar conferencias que estaban seguidas de interesantes coloquios.

–Para un universitario no todo son clases. ¿Cómo recuerda el ambiente fuera de las aulas?

–La Plaza Mayor era el sitio preferido de convergencia, y en sus agradables cafeterías conversábamos durante horas. Se hacían fiestas en los colegios mayores para celebrar el inicio y el fin de los cursos.

Yo era un alumno tranquilo. Como siempre, unos estudiantes se enfocaban más en la diversión, y otros en sus estudios.

“En Salamanca aprendí a amar, pues aquí me enamoré de una estudiante asturiana con la que he cumplido cincuenta años de feliz matrimonio”

## PERSONAJES HISTÓRICOS

### Hernán Cortés, el conquistador que estudió en Salamanca

R.D.L.

Nacido en Medellín (Bajadoz) en 1485, Hernán Cortés Monroy Pizarro Altamirano es conocido por liderar la expedición que inició la conquista de México, sin embargo, antes de sus aventuras como conquistador fue estudiante de la Universidad de Salamanca. De hecho, está considerado el capitán más culto de la época, y eso que su paso por el Estudio fue breve.

Como sucede en la actualidad, también en el siglo XV muchos de los estudiantes que llegaban al Estudio salmantino procedían de tierras extremeñas, y ese es el caso de Hernán Cortés. Descendiente de una familia de hidalgos, su padre era Martín Cortés y su madre Catalina Pizarro Altamirano, cuando tenía catorce años su padre lo envió a Salamanca a estudiar Leyes. Parece que permaneció en la ciudad al menos un par de años en los que estuvo recibiendo instrucción de un escribano de Vallado-

lid, sin embargo, Hernán Cortés deseaba con ansias embarcarse y conquistar mundo.

Ese espíritu conquistador le venía de familia, ya que por el lado de su madre estaba emparentado con Francisco Pizarro, quien conquistó Perú. Además, su paso por la Universidad de Salamanca le unió en cierto modo con Cristóbal Colón. Curiosamente, en el invierno de 1486-1487, Colón estuvo en Salamanca, en el convento de San Esteban, donde encontró en fray Diego de Deza un valedor de sus ideas y propuestas, que en esos meses fueron sometidas a la consideración de una junta de cosmógrafos y doctores de la Universidad de Salamanca que discreparon de la distancia que separaba las costas españolas de las tierras a las que pretendía llegar Colón. Hernán Cortés intentó embarcarse sin éxito



con ruta a las Indias. También quiso participar en las campañas desarrolladas por Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia sin ningún resultado. No fue hasta 1504 cuando, recién descubiertas las Indias por Cristóbal Colón, por fin Hernán Cortés pudo embarcarse en dirección a la isla caribeña de La Española (Santo Domingo) donde fue terrateniente y funcionario colonial.

Su espíritu conquistador le hizo participar poco después en otra expedición y en 1511 se embarcó en un viaje a Cuba como secretario del gobernador Diego Velázquez de Cuellar, que le nombró alcalde de la nueva ciudad de Santiago después de que se casase con su cuñada, Catalina Juárez. Según cuentan en sus biografías, el momento clave llegó en 1518 cuando Diego Velázquez puso a

Hernán Cortés al mando de una expedición al Yucatán, una idea de la que se arrepintió poco después por los rumores de conspiración que rodeaban a Cortés, pero no pudo detenerle. El aventurero extremeño aceleró su marcha y antes de recibir la notificación con su relevo ya estaba rumbo al Yucatán con once barcos y seiscientos hombres. Navegó desde Santiago de Cuba a Cozumel, donde derrotó a los mayas y requisó numerosos tesoros. Comenzó así una larga historia como conquistador, luchando en numerosas ocasiones contra los aztecas. Suya es la célebre frase “quemar las naves”, palabras que recuerdan el episodio que protagonizó cuando hundió sus barcos en Veracruz para terminar con la tentación de regresar a su país. En las cuatro cartas de relación que envió al Rey, Hernán Cortés expuso con detalle sus expediciones y en 1522 le nombró gobernador y capital general de Nueva España, cargo del que fue destituido en 1528 por Carlos V por lo que regresó a España. Libre de toda culpa, en 1530 volvió a México y acrecentó sus hazañas con la incorporación de la Baja California, y hacia 1541 también participó en una expedición contra Argel. Sería la última porque falleció en 1547 en Sevilla, ciudad en la que retomó su vida culta con una tertulia literaria y humanística.